del Toboso, culpándose de no haberse acordado antes de ella, cuando su primer suspiro al volver á la vida debió ser para la que era luz de sus ojos, norte de su razón, ayuda de sus empresas é imán de su albedrío.

Panza, que había soltado las caballerías para que se desayunasen también en un prado próximo, volvió al lado de su amo; pero viéndole pensativo, no quiso cortar el hilo de sus divagaciones, hasta que salido él por sí mismo de ellas, habló á su escudero estas palabras.

CAPITULO IV

De la plática que de sobremesa tuvieron D. Quijote y Panza y demás cosas que ocurrieron después.

Habrás visto, amigo, cuán silencioso y meditabundo estuve largo rato, mientras tú disponías de apacentar esas caballerías, como buen escudero. Pues has de saber que es por un recuerdo y un remordimiento que me acometen y que han de variar forzosamente nuestra ruta. ¿No te asombró que al salir de la fosa preguntase por todos, por ama y sobrina y cura y bachiller y no por Dulcinea? ¡Ay! lo más cerca del corazón es lo que suele estar más lejos de las palabras. En mis ímpetus por cumplir la promesa que te hice de ese imperio de Andorra, dejé pasar por alto otra primera y sagrada obligación, que es y estimo ser ir antes de nada al Toboso y avistarme con Dulcinea, á la que no veo tanto tiempo há, y pedirle la venia para todas mis empresas de esta última salida y recibir algún talismán suyo, que me ponga á cubierto de encantamientos y asechanzas. Porque, si por falta de este talismán, que bien pudiera ser un anillo como el de Angélica, que la trocaba en invisible cuando quería, soy víctima de las malas artes de aquel sabio Fristón mi enemigo, y á la mitad de nuestro camino hacia el populoso imperio de Andorra me convierto en piedra negra ó en pájaro, adiós entonces tus esperanzas y mis esfuerzos, y bien puedes despedirte hasta otros trescientos ó tres mil años de verme á tu lado. Es, pues, obligación mía y conveniencia tuya, que volvamos á

desandar lo andado y tomemos el camino del Toboso, y entremos en aquel lugar y nos hagamos anunciar por el enano del castillo, donde llora Dulcinea involuntarias ausencias mías, hasta ser conducidos á su estancia recamada de oro y piedras preciosas y arrodillarnos á sus pies y pedirle su beneplácito y ayuda.

Mi señor D. Quijote olvida, respondió Panza contrariado y puesto en sobresalto, que su señora y mi dueña D.ª Dulcinea del Toboso debe estar, como todos los demás seres vivientes de hace trescientos años, hecha polvo ó con los huesos mondados cuando menos, en cualquier nicho ó fosa común. Y tampoco he visto yo castillo alguno en el Toboso, ni enano que pueda anunciarnos, y por ende vamos á perder los pasos y el tiempo en busca de cosa imaginaria.

¡Qué ideas te saltan en ese desdichado magín!, dijo D. Quijote poniéndose en pie. ¿No sabes que los caballeros andantes son consustanciales con sus damas y que éstas y ellos siguen la misma suerte? Pues si yo he tardado trescientos años en despertar de mi letargo, no dudes que trescientos años me ha estado esperando Dulcinea, llorosa y acongojada, ignorante de mi suerte. Cinco esperó Isabel de Segura la vuelta de Marsilla, y quinientos le hubiera aguardado de ser él armado caballero y haber caído por tantos siglos en cautiverio. Con más y es que, mientras todo cambia y envejece para los demás mortales, las damas de los caballeros se conservan hermosas é incorruptibles. Con que así apresta los caballos y marchemos á prisa al Toboso; que yo te haré ver el castillo que no viste y el enano en que no reparaste y la sin par hermosura de Dulcinea, en la que no han podido hacer injuria los años ni los desabrimientos.

Obedeció Panza, muy presuroso; pero, por no desandar lo que anduvieron, dijo á su señor que el camino del Toboso era aquel que seguían, y que pronto llegarían á él, yendo en línea derecha, sin más que torcer un poco á la salida del vallecillo. Creyólo D. Quijote, porque hacía harto tiempo que estuvo una vez allí, y al falso Toboso se encaminaron, pensando Panza que para satisfacer el antojo de su amo cualquier lugar con que topasen era bueno y cualquiera moza garrida le parecería, como en otro tiempo, Dulcinea.

Estrechábase el valle y estaba rematado por una montaña, donde había un túnel, por el que pasaba el ferro-carril á la otra parte de la estrechura, y andando Babieca dificultosamente entre las malezas y no más desembarazadamente la mula vieja con sendos caballeros, llegaron á aquel túnel y vió D. Quijote aquel temeroso y obscuro hueco y asomándose, alargando la cabeza y empinándose sobre los estribos dijo á Panza:

Por lo que veo hay dos caminos para llegar al Toboso: uno fácil, pero largo, rodeando este cerro; y otro intrincado, peligroso y obscuro, pero más corto, entrando por esta sima. Eso suele acontecer á los caballeros andantes, encontrar tan diversas vías, cuando van en busca de sus damas, y es que ellas les ponen á prueba: porque, si eligen la más larga y fácil, es que son cobardes y les tienen desamor, y si la más corta pero espantable, es que á todo se atreven en su valentía, por llegar antes al objeto de sus ansias. Cúmplenos, pues, echar por este agujero para acortar la satisfacción de mis anhelos, pues esta debe ser la sima de Cabra, donde Casildea de Vandalia ordenó entrar al Caballero del Bosque; y vamos á ello, que el Toboso debe estar á la salida de ese antro.

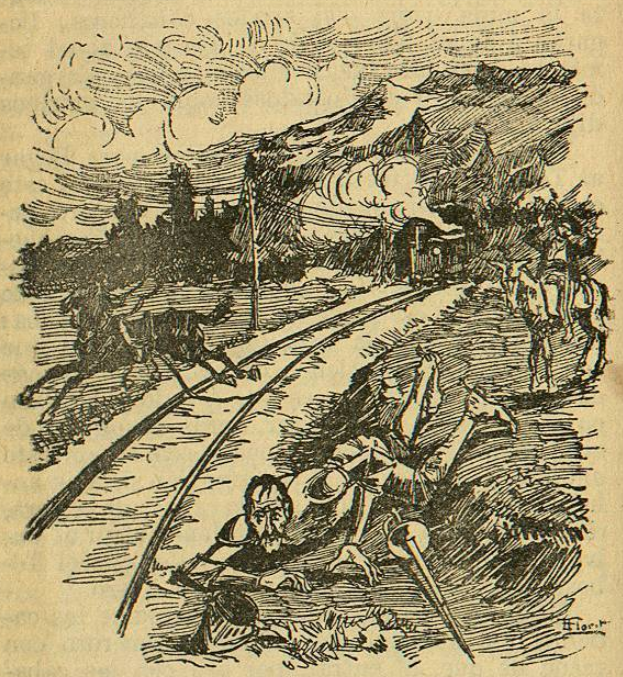
Panza que tal oyó comenzó á mesarse los cabellos y á dar grandes gemidos, temeroso con razón de que, al entrar, por allí con las caballerías, pasase algún tren é hiciera tortilla á caballos y caballeros.

¡Párese Usía y no entre por amor de Dios!, gritaba á D. Quijote. ¡Mire que ese es un túnel y el tren que por él pasa no atiende á razones y nos arrollará y partirá en pedazos tales, que no serviremos ni para embutidos! ¡Oigame á mí, que Usía no conoce eso, ni es de su época!

Pero D. Quijote sin escuchar advertencias espoleó su rocín y entró denodado, teniendo que seguirle Panza, al que no le llegaba la camisa al cuerpo.

¡Ande de prisa, señor; suplicaba éste: por los clavos de Cristo, que esto es más que temeridad!

Calla, hombre, decía D. Quijote, que tienes el corazón de mantequilla. Mírame á mí cuán sereno voy por esta obscuridad, y si viene ese mónstruo de que me hablas no doy por él una paja; como quier que de un golpe de mi lanza



lo dejaré herido y moribundo. Así hizo Perséo con aquella serpiente que iba á devorar á Andrómeda.

Oyóse lejos el silbato de la locomotora y Panza no pudo más; presa del terror, taconeó á su mula, Babieca más avisado que su dueño sintió también el peligro y corrió á la salida, y echando á la derecha de la vía ambos, deslumbrados por la luz á que asomaron, oyeron otro silbido más próximo, que hizo volverse con su palafrén á D. Quijote.

La vía formaba una gran curva á la salida del túnel; así que el caballero estaba fuera de ella, creyendo aguardar de frente al enemigo y embrazando su adarga, enristrando su lanza y afirmándose en los estribos, esperó la embestida del mónstruo, que ya rugía furiosamente.

Al minuto pasó la locomotora arrastrando sus vagones, ante el asombrado caballero. Espantósé Babieca, saltando hacia atrás y derribándole en tierra cerca de los railes, y cuando D. Quijote se levantó valerosamente echando mano á su espada, para luchar con el mónstruo cuerpo á cuerpo, ya sólo quedaba una larga cinta de negro humo que flotaba y se desvanecía en el aire.

¿Sabes, Panza amigo, dijo emocionado, que jamás he visto más espantable dragón en el mundo? Fuego echaba por sus fauces, humo por sus narices, terribles resoplidos daba, furiosamente retorcía sus anillos y su cola, volando vertiginoso; pero ya viste cuán velozmente se echó á un lado sin atacarme, convirtiéndose en esa nube negra, para escapar del filo de mi espada. El espanto de Babieca tiene la culpa de que yo no le haya rematado aquí. Ya le buscaremos de nuevo por esos montes, donde debe tener su guarida, que parece horadar con sus poderosas uñas.

Rece Usía por haber salido con bien del trance, dijo Panza: porque sólo un milagro divino le ha salvado, y yo le ví ya partido en dos pedazos sobre el tajo de esas barras de acero, de las que cayó cerca.

¡Partido en dos dices! no me conoces, exclamó el de la Triste figura. Pero, aunque así fuera, pudiendo tú poner los dos medios cuerpos míos bien acoplados, de modo que cada hueso y arteria se correspondiesen, y untándoles un poco del bálsamo que te dije, volverían á componerse y pegarse como si tal cosa y quedaría en disposición de pelear de nuevo contra ese dragón; mientras que si tengo la suerte de atravesarle por donde haya la piel más fina, ó le parto en dos mitades, él no tiene compostura posible.

Al contrario, Señor, objetó el escudero; á él

lo componen cuando lo há menester y le echan piezas nuevas, y á Usía no habría fragua en que arreglarlo. Y Panza contó á D. Quijote lo que era el dragón aquél, y cómo llevaba en su vientre pasajeros y mercancías; de lo que el caballero quedó altamente asombrado, pero no convencido.

Bueno que Jonás hubiera estado tan horondo en el buche de una ballena, que al fin era sólo y único; pero que cupiesen dentro de aquella serpiente con alas tantos viajeros y bultos y equipajes, sin ser hechos papilla dentro de su estómago, y depositándoles sanos y salvos luego, en el punto de llegada, eso se le resistía. Porque, no había duda: aquello no era una máquina inerte, tirada por caballerías, ni por bueyes, ni por elefantes; sino un sér vivo, que volaba por sí solo, respiraba y resoplaba y silbaba y rugía á su antojo.

Señor, añadió Panza: como Usía viene de un siglo tan atrasado, no comprende esta maquinaria. No la entiendo yo más; pero lo que me sé es que es máquina y no mónstruo, eso que echa fuego por los ojos y humo por las narices, y que sirve para llevar muchos vagones de viajeros y mercancías, y que dicen está movido por caballos de vapor.

¿Lo ves, Panza? exclamó D. Quijote; eso de los caballos de vapor lo aclara todo: porque, si fuera ese reptil gigantesco alguna serie de carros tirados por caballos naturales, no serían de vapor éstos, sino de carne y hueso; y pues son de vapor, son cosa sobrenatural, vaporosa y mitológica, como aquel caballo Pegaso. Déjame á mí, que yo buscaré á ese monstruo en su madriguera, que creo debe estar soterrada y profunda, y allí donde no pueda escapar pelearé y le cortaré la horripilante cabeza, aunque sea como la de Medusa. Tú la has de ver echando en mi mano los últimos chorros de sangre, con los candentes ojos apagados y dando los últimos resoplidos de humo, y á Dulcinea la llevaremos, para que quede más prendada aun del valor de su temerario caballero.

En esto divisaron un pueblecillo lejano, que dijo Panza ser el Toboso, y D. Quijote, dando

un largo suspiró exclamó:

Tenemos delante la tierra de promisión, ¡oh Panza! y traigo á la memoria aquel bello canto del Tasso, en que describe á Jerusalén contemplada desde excelsa parte por Godofredo de Buillón: cuando dice que descansa en dos collados de desigual altura; que un valle la parte y la muestra eminente; que tiene por tres lados difícil cuesta y que del costado que tiende hacia Boreas la defiende altísimo muro. Mírala igual y digna de ser cantada por otro poeta sorrentino, con más que en esta se halla Dulcinea, lo que la ilumina y avalora.

Panza callaba, á fuer de hombre resignado, esperando ver cómo se las compondría su amo para mostrarle el castillo y el enano y á Dulcinea, allí donde no había nada de esto; y así caminaron largo trecho por la monotonía de aquel campo.

Atardecía cuando se iban aproximando, y veíanse ya distintas las primeras casucas del pueblo; pero de pronto D. Quijote aprestó el lanzón, sujetando por las riendas á Babieca, para asegurarse mejor, y dijo á Panza.

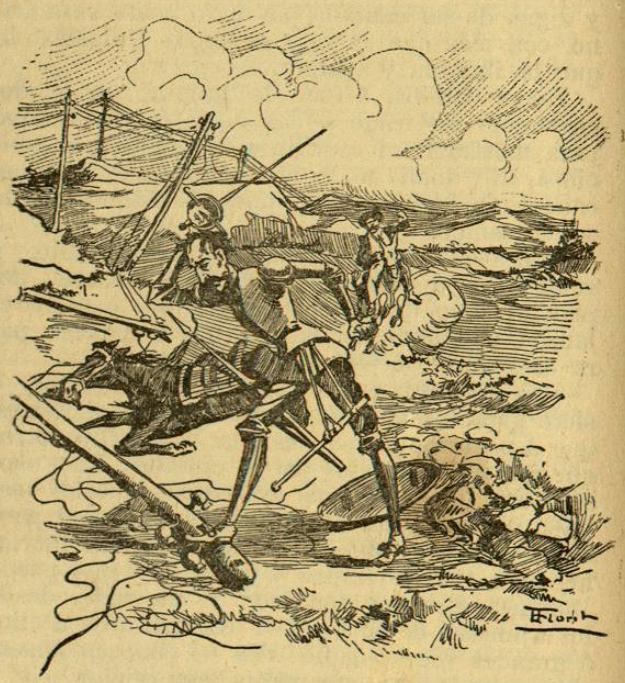
¿No ves ahí, entre la neblina, esos seis ó siete gigantes muy adelgazados pero altísimos, que á nosotros vienen en fila, y aquellos otros que asoman más lejos por el collado? Pues esos sí deben ser verdaderas avanzadas que mi enemigo me presenta, para que me atajen el paso al ya próximo Toboso, y vencerles y derribarles hé, para tenerlo franco y abierto, y que pueda Dulcinea mirarlos tendidos y sin vida, desde los ajimeces de su torre. Y dirigiéndose á ellos á grandes voces añadió: «Ya os conozco fementida canalla: no escaparéis con vida.»

No veo tales gigantes, respondió Panza, ni cosa alguna que se les parezca; ni nada hay sino aire y nieblas que se espesan con la caída de la tarde y la vecindad de la noche.

Pues si tú no los ves, porque tus ojos no te alcanzan, yo los tengo de Argos y penetro en la obscuridad, replicó el de la Triste figura, y te digo que, no uno ni dos, sino seis y más gigantes son los que van alargándose y adelgazándose, para hacerse más invisibles y sor-

prendernos, rodearnos y cautivarnos. Tú estáte ahí, que verás cómo los deshago en un abrir y cerrar de ojos; que éstos no parecen tener ruedas veloces, ni caballos de vapor, como los otros.

Dicho eso, dió de espuelas á Babieca, el cual con el escozor echó á galope, y llevando Don Quijote la lanza en el ristre, fué á chocar contra el primer enemigo, que le hizo un gran de-



sollón en la pierna y derribó á Babieca; pero, levantándose el caballero, arremetió con su espada al adversario, que parecía mantenerse á pie firme; hasta que, viendo no le hacían mella los tajos, abrazóse á él para ahogarle y le zarandeó y le hizo dar en tierra con estrépito, cayendo también los otros dos inmediatos que le seguían; lo cual, visto por D. Quijote, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

¡Acude, Panza amigo; vencidos son y en tie-

rra estos gigantes desaforados, y el pie tengo puesto sobre la cabeza del primero, que he de cortarle á cercén!

Acudió Panza, al trote dificultoso de su mula, porque sólo había visto en la distancia y obscuridad el forcejear de su amo, sin distinguir cuál sería su adversario; pero, apenas llegó al sitio, comenzó á dolerse amargamente.

¿Qué ha hecho Usía, mi Señor D. Quijote? le dijo. Más le valiera no haber salido de su ataud, que acometer esta empresa. Mire Usía que esos no eran tales gigantes, ni guerreros puestos en avanzada; vea que son palos del telégrafo, que sirven para sostener los alambres por donde corre la electricidad, y que es cosa prohibida tocarles y delito el derribarlos: porque corta y destruye la comunicación de las estaciones.

D. Quijote que nada comprendía de este lenguaje, insistió en que aquellos largos y enflaquecidos cuerpos, tendidos por su valeroso empuje, eran de gigantes verdaderos; ó que si no, sería artificio y traza de los Fristones que le mudaban el sér de las cosas; pero Sancho le mostró los aisladores de porcelana y los alambres que los unían, por los cuales, al caer un poste, habían venido á tierra con el tirón los otros dos, y le explicó que aquello era un medio de mandar noticias, con una cosa invisible y muy sútil que por esos hilos corría, y que así en un segundo se decía desde Cádiz á la China, por ejemplo, todo lo que se deseaba.

Dígote, respondió D. Quijote, lo que hube de decirte de los caballos de vapor. Cosa es esa fantástica y sobrenatural: porque sale de los términos del humano poder y de los naturales resortes de la materia; de modo que, por lo que veo, hay porción de mónstruos, duendes y gigantes, que han venido ahora á vivir á la tierra, para hacer esas fazañas y que la tienen por suya. Pero ya has visto cuán poco les aprovechan sus artes mágicas, cuando son conmigo en batalla.

Lo que he visto, Señor, interrumpió Panza, es que ahora será con nosotros la Guardia Civil y nos conducirá maniatados á la cárcel más

próxima, si averigua que es Usía el que ha conseguido esa victoria.

¿Qué Guardia Civil es esa, preguntó D. Quijote, que tan incivilmente ha de tratarnos? La Santa Hermandad no será: porque si por cuenta de ella corrieran hoy estos asuntos, seguro estoy de que no á mí, sino á los fautores de esos embolismos y diabluras de los alambres y de esa electricidad que dices, les hubiera dado caza y acusado de brujería. Pero si tan trocadas están las cosas ahora, vé qué podemos hacer para que esa Guardia Civil no nos interrumpa nuestro camino; que yo soy harto respetuoso de la autoridad y no he venido al mundo para negar al César lo que sea del César.

Lo mejor es, respondió Panza, que no entremos ahora en el Toboso, donde muchas gentes nos verán y darán indicios de poder ser nosotros los autores del desaguisado. Torzamos á la derecha, Señor mío, y apartémosnos de los lugares y proximidades de esos gigantes difuntos; que ya oirá Usía hablar de ellos y los verá otra vez en pie, apenas se note que no corre la electricidad por sus hilos rotos. Mire Usía aquella hoguera que denota majada de pastores, que desde aquí se parece; abordémosla para pasar la noche, como Dios quiera, y por El le suplico no diga Usía nada de esta aventura; sinó cuente si quiere las otras dos de las ruedas sútiles y del mónstruo de fuego y humo, para que los pastores no den el cante á la Guardia y nos estropée el plan de nuestra visita al Toboso, preliminar de la conquista de Andorra.

Cedió D. Quijote, á quien el desollón de la pierna, ya enfriado, dolía más de lo regular, y andando cosa de media hora llegaron á la majada.

CAPITULO V

Donde se da cuenta del recibimiento que hicieron á D. Quijote unos pastores, y del conocimiento que trabó con el Poetilla.

Aparecer aquel caballero con su armadura, seguido de aquel abultado escudero, y ponerse en alarma la gente de la majada, todo fué uno. Al ronco ladrido de los mastines, que lo anunciaron, salieron los seis pastores que se recogían en dos chozas en aquel sitio, y arremolináronse las ovejas en los rediles, como si temieran el asalto del lobo.

Dieron aquéllos el alto á los recién llegados; contestaron éstos cortesmente y en son de paz, y entonces, creyéndoles viajeros que buscaban descanso, hiciéronles pasar, ayudándoles á bajarse de las caballerías, y muy sorprendidos de los hierros de que iba cubierto de pies á cabeza D. Quijote.

No os alarméis, señores, dijo éste, de mi aparato guerrero y mi talante. Caballero soy armado, que corre el mundo para desfacer agravios y enderezar entuertos, y no podría sin esta mi lanza, en cuya punta está el hierro de la justicia, y sin esta espada, emblema suyo. Este es mi escudero que me sirve y la paz de Dios sea con todos.

Entraron en la más grande de las chozas, donde se reunieron para la cena, y ofrecieron á D. Quijote y á Panza puesto entre ellos, que fué admitido de buen grado; contribuyendo éstos por su parte con algo de las alforjas, para que no se digera que mermaban la comida pobre y tasada de aquellos cabreros.

Preguntó el más viejo qué era aquello de enderezar entuertos; pues él no lo comprendía, creyendo que enderezar era cosa que, no con